

Bodas de negro

En Larraga tocaban a boda un martes 13 de septiembre de 1950. Olía a faena y tostones. El gallo cantaba.

La novia, como era de esperar, vestía de negro. Aseguraba el paso por las empedradas calles del brazo de su padre mientras sus vecinas se asomaban para verla pasar.

No había ruido de coches, pero las mulas y carros ronroneaban a su paso.

El novio esperaba acompañado por padres y hermanos. Hoy serían cientos. Entonces bastaban.

La ceremonia fue compartida con dos parejas y la ilusión se multiplicó. La siguió un desayuno digno de Casa Perico —que entonces aún era un sueño—. Después un viaje de dos días a San Sebastián que supo a Nueva York.

Más tarde llegaríamos sus hijos.

- ¿Así se casó la abuela?
- Como la mayoría. Sin florituras.
- Las bodas de Instagram son más espectaculares.
- Lo verdaderamente importante no se publica, se vive.

Ismelo

La guerra se ha acabado

“Ya pasó todo” es un mantra que me suelo repetir. A veces me sirve y a veces no.

Porque la guerra se habrá acabado, pero el miedo no.

A él no lo he dejado atrás. Me lo he traído a Larraga, mi refugio. En la vieja casa familiar, olvidada y aislada de todo, en el recoveco de un pueblo que era la primera vez que pisaba y que ahora era mi madriguera oficial.

El miedo, siempre él, invisible y pegajoso, al acecho cual francotirador. Me ataca en el momento menos inesperado, embotándome los sentidos hasta desorientarme.

Me despierta por las noches, con el corazón galopando, sudando tras una larga carrera por mis pesadillas, viviendo una y mil veces los mismos recuerdos, ya borrosos de tanto repetirlos, como una vieja cinta de VHS.

Solo me queda repetirme: “Ya pasó todo” y desear que sea cierto.

Chivis

Papiroflexia

(imcorso)

Con la velocidad y precisión de experimentadas origamistas confeccionan simpáticas capibaras con billetes de cien euros, elaboran majestuosos elefantes con los de doscientos, y reservan, los cada día más excepcionales de quinientos, para sus populares grullas. Transcurridos unos minutos, y con el público entregado sin haber recibido una sola queja —ni siquiera por parte de los empleados—, guardan las figuritas en sus bolsos y se largan a la carrera, entre aplausos, alertadas por los pitidos persistentes de la alarma de un reloj.

Probablemente su historia termine ocupando un espacio breve en la sección de sucesos de algún periódico local, aunque no será así para los vecinos de Larraga que acudieron esa mañana a la sucursal de la Caja Rural de Navarra, que podrán contar a sus nietos que se encontraron con las atracadoras de bancos más extraordinarias jamás conocidas.

MIGUEL

Miguel no quiere salir, está a gusto en casa. Mira por la ventana y ve el cielo azul de primavera. Parece que hoy hará bueno.

Con lo bonito que está ahora El Castillo, le dice su hijo. Podemos sentarnos en un banco, a la sombra, seguro que nos encontramos con algún amigo. Si tienes ganas, llegamos hasta "La Monja". El aire es muy sano allá arriba.

Unos años atrás, Miguel salía solo, sin hijo ni bastón y se iba al "bar seco" donde se entablaban tertulias antiguas. Qué buenos ratos pasamos allí. Pero hace tiempo que el bar cerró, cuando la llave no encontró una mano nueva.

Y Miguel accede. Piensa que con este día soleado y fresco es buena idea salir. Así que se van, padre e hijo, a pasear sin prisa, bajo los pinos y, si les parece, tomarán un café en la casa rural.

EL ENCUENTRO

Bajando el pinar ya la ve venir. El corazón le da un vuelco.

- ¿Os ha costado mucho zafaros de ella?
- La verdad que sí, la señora está más caprichosa que de costumbre...
- ¿No estará encinta?
- Podría ser...si vos pudierais concederme tal dicha...
- ¡Nada me haría más feliz!

Las dos figuras se funden en una y ruedan por la ladera. La luna, única testigo del amor prohibido. Un autillo canta a lo lejos, interrumpiendo la cadencia de besos.

- ¿Por qué no nos vamos de aquí? Podríamos ir a Biarritz...
- Yo nunca he visto el mar...

La pareja retoma las zalamerías. Mientras, la luna avanza silenciosa.

- Tengo que marchar, la priora cerrará pronto la cancela.
- ¿Cuándo os volveré a ver?
- ¿En la próxima luna llena?
- ¡Sea!

Un último beso sella la cita. La novicia corre rauda hacia el convento y la doncella enfila ya, la cuesta del castillo.

GRANDES MAESTROS

Vorágine. Un torbellino arrollador succionaba Larraga.

Prisas, etiquetas y objetivos por cumplir, centraban la atención de los ragueses. Seres aparentemente dichosos, pero apáticos, frustrados, cuya luz quedó eclipsada, por destellos tecnológicos y un férreo afán por parecerse a quienes consideraban iconos.

Personajes presos de la sociedad que decía representarles, marionetas en manos de una inteligencia artificial. Inmersos en una carrera de obstáculos para conseguir metas, que lejos de saciar esa ansia desorbitado, alimentaban su ego y vacío interior.

Mientras el rumbo de sus vidas asomaba a la deriva, nítidas voces infantiles suplicaban atención: estar ahí, estar de verdad. Considerarlos, tomarlos en serio. Abrirles el corazón y escuchar a quienes, sin saberlo, se habían convertido en GRANDES MAESTROS.

Una inocencia pura que albergaba aquellos valores desvanecidos y el resplandor del brillo en las miradas de quienes habían recuperado a sus progenitores, inexplicablemente, devolvió la felicidad a los ragueses.



Aprediz

El portón

Viernes Santo. La Iglesia de San Miguel se llena de velas y olor a incienso.

Sin embargo, al cruzar el umbral, un hedor a rancio me golpea obligándome a sentarme.

Ese olor me transporta décadas atrás:

Mi hermano y yo nos escondíamos en las escaleras hacia el coro, esperando a que los vecinos salieran en procesión. Entonces podríamos buscar los pasadizos secretos que conectaban con el antiguo castillo.

Ya en el silencio, un portón se erigió ante nosotros. Tras él, un pasillo infinito de polvo y telarañas... y ese olor. Mi hermano miraba triunfante. Yo suplicaba aterrada cerrarlo.

Mamá volvió, pero no había portón ni pasadizo. Donde señalábamos, solo quedaba la pared de piedra.

Hoy, el olor es tan intenso como entonces. Un chirriar de portón resuena desde el coro. Dos niños bajan corriendo las escaleras buscando a su madre: ha vuelto a aparecer.

Ismelo